BENJAMIN MARTIN SANCHEZ
Canónigo de la S.I. Catedral de Zamora

¡SE VIVE UNA SOLA VEZ!

Esforcémonos en vivir bien

Mientras disponemos del tiempo obremos el bien (Gál.6,10)

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - SEVILLA

ISBN: 84-7693-179-4
D.L.: 35.119-91
Impreso y encuadernado en:
Binicros S.L.
Avda. Catalunya, 130 Tlf. 562.22.02
PARETS DEL VALLES (B)

PRESENTACION

Este es un libro de «consecuencias» que se derivan de su título. Si vivimos una sola vez, y la vida es muy breve, es necesario que aprendamos a irla viviendo bien y a esforzarnos en vivirla conforme a la ley de Dios.

La vida es más breve de lo que juzgamos. ¿Has pensado que el sueño resta la vida? Dale el «necesario» al cuerpo, ¡sólo el necesario!... El demasiado sueño, además de restar la vida, la corrompe... Lo cómodo y muelle afemina y enerva.

El tiempo que hemos vivido ya ha pasado, y el que nos queda de vida pasará en breve y pasará ¡para siempre! Piensa en esto: ¡se vive una sola vez! ¿Por qué, pues, no pensar en deshacer errores y evitarlos?

«Ninguna cosa debes tanto aprovechar como el tiempo, pues no podrás recuperarlo después de perdido. Si gastaste mal tu dinero, puedes volver a ganar otro tanto; pero el tiempo mal gastado no se puede cobrar. Pasan los días y nunca vuelven». Así se expresa el padre franciscano Fr. Diego de Estella en su libro de

la «Vanidad del mundo», del que tomo algunas ideas, que nos ayudarán a reconocer mejor y despreciar a su vez las vanidades de esta vida.

La expresión «se vive una sola vez», nos está diciendo que el tiempo en que vivimos es corto y Dios nos lo concede para que lo aprovechemos bien, pues, como nos dice San Pablo, *«el tiempo es malo»* (Ef.5,16), porque es mudable: *«No sabéis cuál será vuestra vida de mañana pues sois humo que aparece un momento y al punto se disipa»* (Sant.4,15); porque pasa rápida e inesperadamente: «El tiempo no es otra cosa sino un camino hacia la muerte (S. Agustín); porque es triste, está lleno de miserias: la juventud es muy breve, la vejez achacosa, está llena de miserias por las contrariedades, las enfermedades, etc., y es peligroso por estar rodeado de tentaciones por todas partes.

En consecuencia, tenemos que aprovechar el tiempo y no desperdiciar las ocasiones que se nos presenten de hacer el bien, pues, como nos dice San Pablo: *«Mientras disponemos del tiempo, hagamos bien a todos»* (Gál.6,10).

El tiempo es el talento que Dios nos ha dado para que negociemos y logremos una eternidad feliz: *«Este es el tiempo propicio, éste es el día de la salvación»* (2 Cor.6,2).

El valor del tiempo nos lo enseñan los san-

tos y los condenados: unos lo usaron bien y otros mal, con resultados eternos. ¿Qué uso hacemos nosotros del tiempo en el orden natural y en el orden sobrenatural? Reflexiona y ten presente el dicho: ¡Se vive una sola vez! para que vivas bien como Dios quiere, dando sentido a tu vida.

BENJAMIN MARTIN SANCHEZ

Zamora, 1 mayo 1991

SE VIVE UNA SOLA VEZ

Tenemos que aprender a vivir

1

La expresión «se vive una sola vez», nos está diciendo que el tiempo en que vivimos es corto y exige que lo aprovechemos bien.

«Breves son los días del hombre». La Sagrada Escritura compara el tiempo a la flor, que se marchita pronto: *«El hombre nacido de mujer vive corto tiempo y lleno de miserias, brota como una flor y se marchita, huye como la sombra y no tiene permanencia»* (job 14,1).

Uno de los errores del hombre es que sabiendo que pasa como una sombra, *«se afana y se agita en vano; amontona tesoros, y no sabe para quien allega todo aquello»* (Sal. 39,7).

Tenemos que reflexionar más: El que acumula riquezas, las tendrá que dejar a extraños (Sal.49,11) y con sus bienes otros se darán buena vida (Eclo.14).

La consecuencia que debemos sacar es ésta: ¿A qué apegarnos tanto a lo que presto vamos a dejar? ¿Cómo no aprovechar mejor el tiempo en las cosas que miran a la eternidad y miran a Dios?

2

Cuando preguntó el faraón a Jacob: *«¿Cuántos son los días de los años de tu vida?»*. Este le contestó: *«Los días de los años de mi peregrinación son ciento treinta años: pocos y malos«* (Gén.47,9).

Los llamó «pocos», porque en un instante pasan los años de esta vida. En la Escritura leemos: *«Los días de nuestra vida son setenta años, y ochenta en los más fuertes»*, y los que de ahí pasan, vienen a ser achaques y dolores, *«son apariencia, un nada, porque pasan aprisa y velozmente»* (Sal.90,10). Y esto es lo que dice San Pablo: *«El tiempo es breve... el aspecto de este mundo pasa rápidamente»* (1 Cor.7,29 y 31).

Aunque uno viva cien años, cuando estando en lo último de la vida mirare todo lo que vivió, no le parecerá haber vivido un día.

También Jacob llamó a sus días «malos», por los muchos trabajos y preocupaciones que trae consigo la vida.

3

San Agustín dice: «No vivimos todo el tiempo que queremos... Tienes el día de hoy, deseas el de mañana; cuando hayan pasado, tendrás menos días». «Desde el día que nacemos a la muerte caminamos», y caminamos en verdad continuamente para ella sin punto de detenernos, y a ninguno es concedido parar en el camino.

La velocidad de nuestra vida se conoce mirando a la eternidad de la futura, y a este propósito dice el Santo Job: *«Cortos son mis días y se acaban muy en breve»* (10,20).

Con ser tan cortos y malos estos días, los hombres desean vivir mucho tiempo, pero ¿cuántos desean vivir bien? y ¿no será vanidad querer vivir mucho tiempo andando tan cercados de trabajos y peligros?

Tempestuosa es la navegación de esta vida; y el alma navega en esta nave de barro de nuestro cuerpo que está expuesta a quebrarse en cualquier momento.

Lo esencial en esta vida es vivir preparados para la eterna.

Y ¿cuántos son los que viven conforme a las enseñanzas que Jesucristo nos da en el Evangelio?

4

Da sentido a tu vida

¡Cuántos pasan la vida sin pensar siquiera lo que es la vida? Y ¿por qué sucede esto? Porque viven olvidados de su origen como de su fin. ¿De dónde vengo? ¿A dónde voy? ¿Para qué estoy en este mundo? (A estas tres preguntas respondo en mi libro: *«Ejercicios Espirituales»).*

Dios es el Creador del mundo y del hombre. Todos dependemos de El y a El debemos honrarle. San Juan Crisóstomo lo dice así: «Dios te ha dado la vida para que le honres; y tu quieres pasarla en vanidades». «Deseas vida larga, aunque sea mala; procura que sea buena, aunque corta... Esta vida mortal es la esperanza de la vida inmortal... De lo que amamos depende el vivir bien o mal» (S. Agustín).

5

Yo ¿para que nací? Para salvarme.
Que tengo que morir es infalible.
Dejar de ver a Dios y condenarme,
triste cosa será, pero posible.
¡Posible! ¿Y río, y duermo, y quiero holgarme?
¡Posible! ¿Y tengo amor a lo visible?

¿Qué hago? ¿En qué me ocupo? ¿En qué me encanto?
¡Loco debo ser, pues no soy santo!

(Fr. Pedro de los Reyes)

6

Dulanloup, Obispo de Orleáns, resumía así sus impresiones de la villa de Cicerón, en Túsculum: «Llegamos a Túsculum... la villa de Cicerón. Había llevado conmigo sus "Tusculanas"; las leí con gozo, pero asimismo con cierta tristeza. Errando entre las ruinas me figuraba ver a Cicerón, en los últimos años de su vida, inclinada la cabeza, mirando a Roma por última vez... próximo a enfrentarse con los problemas insolubles para él, de la vida y de la muerte... de la esperanza y del consuelo... de la virtud y de la vida honesta.

Estas son sus cuestiones Tusculanas..., pero él no podrá conformarse en sus graves meditaciones...

De la vida de Cicerón bajé a la Camáldula, donde los buenos religiosos nos brindaron su hospitalidad. La figura de Cicerón me seguía a todas partes; mientras tanto pensaba para mi, con profunda compasión del autor de las Tusculanas: «Estos humildes religiosos han resuelto todas las Cuestiones Tusculanas: la vida, la

muerte, el consuelo, la esperanza, la virtud, la vida feliz... Cicerón sólo la discutía y averiguaba».

7

«Todo el tiempo que vivimos es ocasión para alcanzar la gloria... Lástima es que se nos pase alguna ocasión sin aprovecharla; miseria inconsolable que se nos pase la vida en cosas de la tierra, sin buscar las del cielo, siendo ella tan corta y tan breve para merecer lo que es tan largo y extendido, para gozar, como la eternidad» (P. Nieremberg).

«Dichoso el peregrino, diremos con Kempis, que en todo lugar y durante todo el tiempo que dura su destierro en el cuerpo, se acuerda de la patria celestial, donde Jesús y María gozan juntos con todos sus ángeles y santos en júbilo inenarrable y gloria eterna. Dichoso el peregrino que no anhela morada en el mundo, antes desea morir y estar con Cristo en el cielo».

8

Tienda el materialista la vista en derredor, mírese luego, medite después. ¿Qué soy yo? –dirá–, máquina delicada que el más leve accidente descompone; montón de polvo que el

más suave viento esparce; hinchado orgullo hoy, ¡vencida flaqueza mañana!... ¿De qué me sirve la ciencia si no descubre el secreto de la vida, ni me hace esperar nada de la muerte? (Coloma).

La presente vida no se ordena a mendigar los mezquines bienes de este mundo, sino a merecer y a conseguir, mediante el servicio y el amor de Dios, la corona del cielo (M. González).

En las cosas de la tierra
no has de sosegar jamás,
que en ella de paso estás,
y toda tu vida es guerra.

(Lope de Vega)

9

El problema de la vida

San Agustín, en su juventud andaba preocupado por este problema, aun en medio de sus extravíos. Preguntaba a Alipio, su amigo: «Alipio, Alipio, ¿qué hacemos? La gente sencilla entra en la vida eterna, las mujeres de mal vivir se convierten y entran en el reino de los cielos, mientras que nosotros, con toda nuestra filosofía y la orgullosa balumba de nuestra ciencia, nos perdemos».

El mismo Agustín, ya convertido, insistirá en el capítulo V de sus «Confesiones» sobre la importancia del negocio de la salvación. «El que le conoce, lo sabe todo; el que no lo conoce, no sabe nada, aunque sepa todo lo demás». Como más tarde cantó una copla: «...al fin de la jornada - Aquel que se salva, sabe; - Y el que no, no sabe nada».

10

Joufroy, célebre profesor de la Universidad de París, confesaba que la preocupación de la otra vida estaba planteada en su corazón, como una espada hundida hasta la empuñadura. Y otro genio, el matemático y filósofo Pascal, exponía a su manera cómo el destino del alma es el problema capital y «una cosa en que nos va tanto, que nos llega tan a lo hondo, que es preciso haber perdido todo sentimiento para estar indiferente acerca de lo que hay en él.

Todas nuestras obras y todos nuestros pensamientos deben tomar caminos diferentes, según que haya que esperar bienes eternos o no. Entre nosotros y el infierno y el cielo no hay más que la vida, que es la cosa más frágil del mundo. El último acto es sangriento, por más hermosa que sea la comedia en todo lo demás. Se arroja, al fin, tierra sobre la cabeza, y ¡se va uno para siempre!

Y juzgaban bien: Agustín, Pascal y Joufroy y tantos otros. Tienen razón que les sobra los que se preguntan: «¿Qué es lo que hago aquí en la tierra? Nuestra vida actual no tiene sentido alguno si no la regulamos en función de la vida futura». ¡Problema formidable!

11

Este problema de la vida y del destino humano ha recibido soluciones malas, y una de ellas es creer que la felicidad del hombre está en los placeres, en divertirse, en comer y beber bien, a semejanza de aquellos impíos de que nos habla el profeta Isaías: *«Comamos y bebamos, que mañana moriremos»* (22).

Hemos de advertir que la religión católica no condena la alegría. Al contrario, lo que prohíbe es solamente la diversión mala y pecaminosa. El error de los que se gozan en las diversiones y placeres impuros es el de instalarse aquí en la tierra como si fueran a vivir siempre, sin esperar en otra vida eterna y feliz, y en encerrarse en la brevísima vida presente como si fuera definitiva.

Estos al apegar su corazón a las criaturas frágiles de la tierra, se asemejan al niño que no piensa más que en su juguete, que termina abandonándolo una vez roto. ¡Qué insensatez dejarse alucinar por los destellos de cosas pere-

cederas, porque brillan un poquito! El «hechizo de la vanidad» (Sab.4,12) *Hoornaert.* A propósito del Evangelio.

12

Muchos tienen un concepto bajo de la vida por cuanto son indolentes y glotones. Como dice San Pablo: *«Su paradero es la perdición, su dios es el vientre, y hacen gala de lo que es su desdoro, aferrados a las cosas terrenas»* (Fil.3,19). Comer y dormir. Gustar buenas comidas que van en derechura a la gota y a la apoplejía. Beber, comer, y luego vuelta a comer y beber hasta que se les echa la muerte encima.

– *«Vosotros habéis vivido en delicias y en banquetes sobre la tierra, y os habéis cebado a vosotros mismos para el día del sacrificio«* (Sant.5,5).

– *«Va a llegar el juicio (¡el juicio de Dios!). Dejemos, pues, las obras de las tinieblas y revistámonos de las armas de la luz. Andemos con decencia, como se suele andar durante el día, no en comilonas y en borracheras, no en deshonestidades y disoluciones, no en contiendas y envidias»* (Rom.13,12 s).

El Evangelio anota este hecho: el rico epulón que bajó a los infiernos *«tenía cada día espléndidos banquetes»* (Lc.16,19).

Todos tenemos que alimentarnos, porque no somos ángeles, pero hemos de ser sobrios, teniendo presente el dicho de Séneca: «Yo como para vivir, mientras otros viven para comer».

13

¿Dónde está la felicidad?

Los hombres buscan la felicidad, pero ¿dónde está? Unos, como hemos visto, la buscan en los placeres y ponen su dicha en las pasiones, pero hay que tener en cuenta, que seguirlas es pecado, y la dicha no se halla en el pecado...

Otros, los más, la ponen en las riquezas, pero Jesucristo nos dice: *«Guardaos de toda avaricia, porque aunque uno tenga mucho, no está la vida –la felicidad– en las riquezas»* (Lc.12,15).

No vivas engañado, no pongas tu dicha en tener mucho dinero, en querer gozar de los placeres de la tierra..., recuerda el testimonio de Salomón al fin de su vida. Tuvo más riquezas que todos los reyes de la tierra y gozó de toda clase de honores y placeres y poco antes de morir exclamó: *«Vanidad de vanidades y todo vanidad»* (Ecl.1,2) y por eso dijo Kempis:

«Todo vanidad, fuera de amar a Dios y servirle».

Y aun supuesto que las riquezas dieran felicidad acá abajo ¿se llevan a la otra vida? Si las cosas, pues, de la tierra hay que dejarlas aquí al morir, ¿podrá estar la felicidad en lo que tiene fin o en los estrechos límites del tiempo? Por eso nos aconseja San Pablo que *«teniendo lo necesario para comer y vestir, con esto estemos contentos»* (1 Tim.6,8). Para aprender a vivir hay que saber hacer el bien con las riquezas y no apegar nuestro corazón a ellas.

14

Reflexiona sobre estos textos bíblicos:

– *Atesora el hombre, y no sabe para quien allega todo aquello* (Sal.38,7)

– *Ay de aquellos que confían en su poder, y se glorían en la muchedumbre de sus riquezas... Tu no te turbes por más que un hombre se haga rico y crezca el fausto de su casa. Puesto que cuando muera no llevará nada consigo, ni le seguirá su gloria... El insensato y el necio, como todos perecerán, y dejarán a los extraños sus riquezas* (Sal.49)

– *No alleguéis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín los corroen y donde los ladrones horadan y roban... Atesorad tesoros en el cielo...* (Mt.6,19)

– *A los ricos de este siglo encárgales que no sean altivos, ni pongan su confianza en la incertidumbre de las riquezas, sino en Dios, que abundantemente nos provee de todo para que disfrutemos practicando el bien, enriqueciéndonos de buenas obras, siendo liberales, dadivosos, y atesorando para el futuro con que alcanzar la verdadera vida* (1 Tim.6,17-19).

Es necesario saber hacer bien con las riquezas, pues el Evangelio nos habla del rico epulón, que se condenó, no por tener riquezas, sino por hacer mal uso de ellas. San Juan Crisóstomo dice: «Las riquezas no son en si pecado; pero es un pecado no distribuirlas a los pobres y emplearlas en el mal» (Ved núm. 81 y ss.).

15

Jesús vio un día la mucha gente que le seguía y se compadeció porque andaban como ovejas sin pastor y se puso a instruirles en muchas cosas. En el Evangelio se hallan consignadas las palabras libertadoras, las respuestas dadas al problema de la vida, la solución tranquilizadora que brota de los labios de Jesús.

El filósofo Joufroy suspiraba: «¿Cómo vivir en paz, cuando no se sabe de donde se viene, a dónde se va, por dónde se debe ir?».

Gracias al Evangelio, conocemos nuestro

punto de origen, y nuestro término de destino y los medios necesarios para tender a ese fin. Todo se esclarece y da sentido a nuestro viaje sobre la tierra.

– Peregrino, ¿de dónde vienes? – De Dios.

– Peregrino, ¿a dónde vas? – A Dios.

– Peregrino, ¿por dónde debes ir? – Por el camino de la obediencia a los mandamientos de Dios.

– Las verdades que hay que creer constituyen el dogma.

– Las leyes que hay que observar constituyen la moral.

– El dogma, es el amor de Dios hacia el hombre.

– La moral, es el amor del hombre hacia Dios.

– El dogma (yo soy amado) es conmovedor.

– La moral (yo debo amar) es justa. (*Hoornaert.* A prop. del Evangelio).

16

El gran problema de la vida tiene una solución buena y muchas malas. La buena, es la de Jesucristo, consignada en el Evangelio. Las malas son: placeres, riquezas, honores, ciencia, orgullosa filosofía. Esto no quiere decir que estas tendencias del corazón humano estén condenadas en el Evangelio.

El Evangelio no destruye en el hombre más que el mal, y nos enseña a purificarnos, a engrandecernos y a corregir nuestros defectos y desviaciones.

Es razonable que trabajemos por adquirir riquezas y lo necesario para comer y vestir; mas no hemos de tener preocupación exagerada por el alimento, ni inquietarnos demasiado. Jesucristo nos dice: *«No os preocupéis por vuestra vida, qué comeréis o qué vestiréis... Mirad las aves del cielo como no siembran ni siegan, ni tienen graneros, y vuestro Padre celestial las alimenta: ¿no valéis vosotros más que ellas?... No debéis, pues, preocuparos pensando ¿qué comeremos o qué beberemos?... Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas las demás cosas se os darán por añadidura...»* (Mt.6,25 ss).

Comed; es necesario; pero no olvides que *«no vive de solo pan el hombre, sino de todo lo que Dios dice»* (Lc.4,4). *«Trabajad para tener no el manjar que se consume, sino el que dura hasta la vida eterna, el cual os dará el Hijo del hombre»* (Jn.6,27). ¡Hombre, que comes el pan, no olvides el pan de vida!...

17

¿Cuál es el camino de la salvación?

El camino de la salvación es el de los mandamientos de Dios: *«Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos»* (Mt.19,17). Todo hombre tiene que vencerse para no apartarse de este camino, para no dejarse llevar de las pasiones desordenadas.

En el Evangelio leemos: *«Esforzaos a entrar por la puerta estrecha...»* (Lc.13,24). *«¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?»* (Mt.16,26). Toda la doctrina evangélica sobre el destino humano viene a parar a esto: la salvación del alma, cuestión la más olvidada y la más grave.

¡Cuántos ni piensan en ella! Ved esos hombres que se agitan sobre la tierra en avión: bajo la tierra, al fondo de las minas... Entre esos millones de seres humanos que se precipitan a todo correr hacia la eternidad, ¿cuántos piensan en la eternidad?

«Un día tiene mil cuatrocientos cuarenta minutos. Muchos mundanos no consagran a la oración ni siquiera cinco minutos. ¡Ni cinco minutos entre mil cuatrocientos cuarenta!»

18

El P. L'Ermite dice: Lloremos «todos esos condenados a muerte que esperan sobre la faz de la tierra la llamada que les pondrá delante de su Juez, en quien hacen alarde de no pensar; todos esos oficiales que dicen palabras laicas, que celebran gracias laicas, que se agitan por minucias laicas, y que se pondrían colorados hasta las orejas, si de repente en medio de la fiesta laica alguno propusiera una sencilla oración al que reina en los cielos y del que proceden todos los imperios».

El hombre colocado ante la eternidad tiene que procurar salvar más que su dinero y sus haciendas, que ha de dejar aquí con la muerte, salvarse *a sí*. Nada para nosotros más personal que nosotros mismos.

¡Alma perdida, todo perdido. Alma salvada, todo salvado!

El negocio de la salvación no se puede eludir. Es un negocio que no interesa solamente a algunas personas, sino a todos y a cada uno.

19

¿A qué vino Jesucristo a este mundo? *Vino a salvar a los pecadores* (1 Tim.1,15), a enseñarnos cuál era nuestro destino y el fin para el cual fuimos creados. El nos habló de una vida

futura, la vida eterna, fin último el que debemos alcanzar con su gracia, la gracia santificante, siendo cumplidores de sus mandamientos. Y nos habló claramente del cielo y del infierno, diciéndonos que los tesoros y delicias de la tierra no tienen comparación con la vida eterna y que lo que más nos importa es salvar el alma, porque ésta vale más que el mundo entero, pues El lo dijo así: *«¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?»*

En otra ocasión había dicho: *«Buscad primero el reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura»* (Mt.6,36). Ahora antepone también la salvación del alma a todo lo demás, al mundo entero.

Como vemos la frase es terminante, porque aquí no se trata de explicar la bondad de Dios, en la cual debemos confiar, sino de comparar dos valores. Se nos dé o no se nos dé todo el mundo, más importante es la salvación del alma.

20

Además el alma no puede recuperarse, si la perdemos: *«¿Con qué cambio podrá el hombre rescatarla, una vez perdida?»* Barato la compraríamos, si nos la vendieran, por todos los tesoros del mundo, y no los tenemos, y si los

tuviéramos, no está el alma a la venta. No seamos insensatos y ciegos, dándola de balde al codicioso tentador, quien ni quiere ni puede vendérnosla luego.

Y ¿cómo hemos de salvarla? Ya lo tenemos dicho, cumpliendo la voluntad de Dios, la cual se nos manifiesta en sus mandamientos..., y a este fin hemos de hacer los sacrificios posibles para no mancharla con el pecado...

Benedicto XII contestó a un rey que le pedía una cosa ilícita: «Si tuviese dos almas podría sacrificar una para complacer a Vuestra Majestad; pero no tengo más que una y quiero guardarla para Dios».

21

Por ser esta vida presente tan corta, es necesario que pensemos con frecuencia en «el más allá», porque ¡se vive una sola vez!

–¿Y ahora? –preguntó *San Felipe Neri* a un joven que acababa de terminar sus estudios. –Ahora –contestó el joven– haré las prácticas. –¿Y después? –Ejerceré mi carrera. –¿Y después? –Me casaré. –¿Y después? –Me cuidaré de mi hogar. –¿Y después? –Ya llegaré a viejo, y... –¿Y después? Comprendió entonces lo que de él quería el santo: que pensara en el más allá, en el destino eterno, en la salvación del alma.

22

Peregrinación de la vida

La Escritura Santa nos dice: *«Somos peregrinos y viajeros sobre la tierra»* (Heb.11,13). No está aquí nuestro destino. *El cuerpo se deshace.* Va formándose, es cierto, en la infancia, está lleno de bríos en la juventud, llega a su perfección en la edad madura y pierde fuerzas en la vejez. Pero es cierto también que todos nuestros pasos, desde la cuna al sepulcro, son una despedida y dolorosa separación.

La vida es el camino por el cual vamos a la muerte, como dice San Basilio, y como observa San Bernardo «más es muerte que vida la que vivimos; no es sencillamente vida, sino vida mortal»... Pero *el alma no se deshace,* como el cuerpo. *El alma es inmortal,* y Jesucristo que nos habla de premios y castigos eternos, de cielo e infierno, dice: *«No temáis a los que matan el cuerpo, pues el alma no pueden matarla»* (Mt.10,28). También en la Biblia leemos: *«El cuerpo volverá a la tierra de la cual ha sido formado y el espíritu o alma volverá a Dios que le dio el ser»* (Ecl.12,7).

23

A esta vida la consideramos como una *pe-*

regrinación, porque no es para nosotros la definitiva, pues, como nos dice el apóstol; «No tenemos aquí una ciudad fija, sino que vamos en busca de una que es eterna» (Heb.13,14). Estamos, pues, aquí de paso. Esto debe hacernos pensar que hemos de dejar la casa en que habitamos, las fincas y todos nuestros bienes a otros...

Entramos en la vida presente con la ley de abandonarla, y por eso nos dice Kempis: «Trátate como huésped y peregrino sobre la tierra, a quien no le va nada en los negocios del mundo, porque aquí no tienes domicilio permanente», y si *«nada trajimos al mundo, nada podemos llevarnos de él»* (1 Tim.6,7), ¿por qué no pensar más en el cielo, nuestra mansión eterna?

Esto no quiere decir que no trabajemos para comer y vivir, pues, como dice Job: *«El hombre ha nacido para trabajar como el ave para volar»* (5,7), sino que en medio de nuestro trabajo no perdamos de vista «el más allá».

24

En este mundo somos, pues, peregrinos, huéspedes, que caminamos para el cielo, y por el camino de esta vida unos días pasaremos hambre, otros frío o calor o enfermedades y hasta diversas miserias, a las que estamos suje-

tos todos cuantos peregrinamos por el mundo.

Vivimos como desterrados y debemos desear y anhelar llegar pronto a nuestra verdadera patria, que es el cielo, pues en la actualidad hemos de considerarnos como *«ciudadanos del cielo»* (Fil.3,4), y como nos está revelado que *«por muchas tribulaciones hemos de entrar en el reino de los cielos»* (Hech.14,21), hemos de saber soportar todos los sufrimientos de la vida presente con resignación cristiana y también con alegría, porque en el cielo no habrá ya lágrimas ni dolor y por mucho que ahora podamos sufrir, *«no es nada en comparación del peso de gloria que nos espera»* (Rom.8,18).

25

No perdamos de vista que somos peregrinos, caminantes de pocos días sobre la tierra. Este pensamiento era continuo en los santos del Antiguo Testamento, de los cuales dice el apóstol que confesaron ser peregrinos y extranjeros en este mundo, pues *«moraban en chozas y cabañas»* (Heb..11,38) y nunca en esta vida tuvieron reposo, porque anduvieron siempre peregrinando

Kempis nos dice: «En el cielo ha de ser tu mirada; por eso has de mirar todas las cosas de la tierra como quien está de paso».

Si supiéramos cuántos y cuáles son los bie-

nes que Dios nos promete en el cielo, todos los bienes de la tierra nos parecerían viles... De San Ignacio de Loyola es esta frase: «¡Cuán vil y despreciable me parece la tierra cuando miro al cielo».

26

Si pensáramos que «se vive una sola vez», y que el tiempo en que vivimos es muy corto para adquirir la virtud y la santidad, y así poder merecer y alcanzar la vida eterna, no perderíamos ninguno de los momentos de nuestra vida.

Los hombres son como las rosas,
«En un día nacieron y expiaron:
Que pasados los siglos horas fueron» (Calderón.
«¿Qué es nuestra vida más que un breve día,
Do apenas sale el sol, cuando se pierde
en las tinieblas de la noche fría» (Andrada)

¡Dios mío! Cómo nos cuesta persuadirnos que esta vida es un viaje veloz, y como decía Santa Teresa, una noche en una mala posada:

Y pues vemos lo presente
Cómo en un punto se es ido
Y acabado,
Si juzgamos sabiamente,
Daremos lo no venido
por pasado (Jorge Manrique)

Nuestro paso aquí en la tierra es parecido a un campamento de nómadas, que plantan en el desierto su tienda para una noche, y saben muy bien que la tienen que recoger y llevar por la mañana.

Mi cuerpo es como una tienda que se quita como la tienda de un pastor (Is.38,12).

Mi existencia es fugitiva, «como una de las vigilias de la noche» (Sal.90) (Hoornaert).

27

«Este mundo es el camino/ para el otro, que es morada/ sin pensar;/ Mas cumple tener buen tino/ para andar esta jornada/ sin errar» (Jorge Manrique.

»Si este mundo es una venta/ en que solo descansa el peregrino, ¿por qué, si vas sedienta, de gloria, haces morada en el camino?» (Lope de Vega).

«Desde la cuna al sepulcro, todos somos peregrinos, o mejor dicho, todos somos desterrados de nuestra patria por la que de continuo suspiramos y a la que dirijimos nuestros pasos» (M. González).

«La tierra entera es el destierro y la patria sólo está en el cielo» (Coloma).

28

¿Cómo debes vivir?

Pasajero, navega con justicia,
no agravies a tu hermano,
teme a Dios Soberano.
Vive bien, sé prudente, sé constante.
Da para ti limosna al afligido.
No des al vicio oído.
Habla siempre verdad, ama tu suerte;
que si hay gustosa muerte,
tu la tendrás y te hallarás gozoso,
rico, contento, sabio y poderoso.
Y saldrás del bajel donde has estado,
para puerto seguro y descansado.
(Antonio Enríquez Gómez)

29

Pasa la gloria del mundo

Los placeres, los honores y las riquezas de este siglo no permanecen con los que las poseen. Estos van pasando al olvido y sus cosas pasan a otros poseedores, teniendo que decir: «Oro, plata, casas, fincas de recreo, ¡cuántos dueños habéis tenido, cuántos tendréis todavía!

«¿Dónde están los príncipes de las gentes, dice el profeta Baruc, *dónde están los dueños*

de tantas haciendas, los que atesoraron oro y plata, las cosas en las que los hombres confían? Fueron lanzados de la tierra y descendieron a la tumba» (3,16 ss).

Muy presto pasa la gloria de este mundo. *«Vi al malo,* dice el salmista, *encumbrado como un cedro del Líbano, que se extiende, pasé de nuevo y ya no estaba»* (36,35-36).

30

Aquella gran Babilonia del Apocalipsis (18,2ss) gloriábase en la prosperidad que en este mundo tenía; pero cuando más descuidada estaba, vino sobre ella la mortandad, el duelo, el hambre y fue consumida por el fuego.

El rico avariento de que nos habla el Evangelio, se gloriaba de sus muchas riquezas, y de repente le fue dicho: *«Necio, esta noche quitarán tu alma, morirás, y estas riquezas ¿de quién serán?»* (Lc.12,20).

El sabio dice en persona de los condenados: *«Nosotros insensatos tuvimos por locura la vida de los justos... y nos hemos extraviado de la senda de la verdad... Nos cansamos de andar por el camino del mal, y ¿qué provecho nos trajo la riqueza y la jactancia?... Pasaron aquellas cosas como sombra, y como el navío y el*

ave que vuela y no deja señal de su camino... Así nosotros al poco tiempo de nacer dejamos de ser» (Sab.5). Todo pasa rápidamente.

31

¡Se vive una sola vez! y por este motivo tenemos que aprender a vivir como peregrinos que somos y no apegarnos a las cosas de este mundo, porque no las podemos llevar con nosotros al partir de él. Al morir tenemos forzosamente que abandonarlas y por eso el Espíritu Santo nos dice: *«Si las riquezas abundan, no apeguéis a ellas vuestro corazón»* (Sal. 62,11).

En consecuencia no hemos de poner nuestro corazón en cosas vanas y transitorias... Las cosas que se ven son temporales, y las que no se ven, y de las que nos habla la revelación divina, son eternas y debemos aspirar a ellas.

32

Vanos son los días del hombre... Por muchos bienes o fama que tenga, todo se desvanece a la hora de la muerte. Le alaban el día del enterramiento, pero luego es olvidado... Nuestra breve y miserable vida está cercada de muchos infortunios y peligros, de los cuales nadie puede escapar por grande que sea.

«Pasaron nuestros días como sombra» (Sab. 5,9) dicen los mundanos, y también dice Job que no sólo pasarán como sombra, sino muy ligeros como la nave que corre con presteza sin dejar rastro ni señal tras sí.

Aunque parezca que estamos parados, andamos y caminamos a la muerte. Así lo dice San Gregorio magno: «Como el que navega, aunque duerma o vele, y como quiera que esté, siempre sin cesar va navegando de día y de noche al puerto, así nosotros, como quiera que estemos, corremos sin cesar para la muerte».

Por otra parte nuestra vida está llena de preocupaciones, y los poderosos y ricos del siglo, aunque duerman en camas blandas y regaladas, su vida está llena de cuidados.

33

Transierunt omnia illa= pasaron todas aquellas cosas y pasaron como una sombra (Sab.5,9). El Espíritu Santo al referirnos estas palabras de los impíos, nos expresa admirablemente la brevedad de esta ida.

– Con grande pena pronuncian estas palabras *los condenados;* con *gran gozo* las pronuncian *los justos,* y con santo temor las debemos de pronunciar *cada uno de nosotros.*

1) ¿Qué significan en boca de los condenados? Significan: «Todo lo que constituía nues-

tra felicidad, pasó y pasó para siempre. Juzgábamos que las riquezas, los honores y los placeres podían hacernos felices, y todo lo buscamos, lo poseímos, y todo pasó, y pasó para siempre».

2) En boca de los justos significan: Todo lo que me hacía miserable a los ojos del mundo pasó, y pasó para siempre. pasaron las calumnias de los hombres, las cruces, las humillaciones y los trabajos..., pero no pasó su mérito: *«Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa está en el cielo»* (Mt.5,12)

3) En nuestra boca significan: Pasaron tantos días, tantos meses, tantos años; pasó mi vida como una sombra... Si cuento los años de mi niñez y el tiempo del sueño y tanto tiempo perdido, ¡qué poco tiempo he vivido!... y teniendo tan pocos días de vida, ¿acaso no he vivido apartado del camino del cielo, para el cual he sido creado? Si vamos a pasar pronto como una sombra, no vivamos apegados a las vanidades de este mundo. Digamos como San Estanislao de Kostka: «He nacido para cosas mayores».

34

El mundo pasa y su concupiscencia

Todo lo que hay en el mundo, dice San

Juan Evangelista, es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida (1 Jn.2,3).

El mundo pasa, y los honores, riquezas y placeres no son estables, pasan, y a la hora de la muerte las dejamos todas. Y nosotros ¿en qué pensamos? ¿queremos amar estas cosas temporales y pasar con el tiempo? Si Jesucristo nos dice que no apeguemos nuestro corazón a las riquezas de este mundo, ¿qué hemos de hacer? Pues usar de ellas como el peregrino que va camino a su patria, y como ya tenemos dicho: *«No tenemos aquí ninguna ciudad fija, sino que vamos en busca de una que es eterna»*, y ésta no es otra que el cielo, el que está preparado para los que sirven y aman a Dios en esta vida.

Si queremos vivir para siempre, hemos de amar la doctrina salvadora de Jesucristo, que nos manda anteponer a las cosas de la tierra las del cielo. Las de la tierra las vemos con los ojos carnales y por eso nos apegamos más fácilmente a ellas, pero tenemos que mirar a las eternas con los ojos de la fe.

35

El entendimiento ocupado actualmente en una cosa, no puede perfectamente por un mismo tiempo ocuparse en otra. Así, el que ocupa

su entendimiento en estas niñerías de la tierra, no puede dedicarse o entregarse a pensar en las cosas altas y eternas que miran a la otra vida, y de aquí procede el olvido de la vida espiritual y de la salvación del alma. de aquí que muchos vivan como moradores de la tierra, como si tuvieran aquí su domicilio eterno, y no hubiesen de pasar a la otra vida.

A estos reprende el salmista diciéndoles: «*Hijos de hombres, ¿hasta cuándo seréis insensatos?, ¿por qué amáis la vanidad y buscáis lo que es mentira?*» (Sal.4,3). Pasamos como una florecilla del campo (Sant.1,10) y andamos camino que nunca tornaremos (Job). Gastamos esta breve vida en amontonar un poco dinero, que es equivalente a «un poco de estiércol», como decía San Pablo...

36

Si no pensamos en la otra vida, nos asemejamos a aquellos ricos, hombres poderosos, que fueron despojados a la hora de su muerte de todo, y de los que dice también el salmista que «durmieron su sueño», y al despertar se encontraron con las manos vacías, y su arrepentimiento sin provecho. Y tras el sueño de esta vida, se les junta la verdadera y eterna muerte como sucedió a Sísara, aquel jefe del ejército cananeo, que lo despertó Jael del sue-

ño que le causó «el dulce beber del vaso de leche que había tomado poco antes, atravesando sus sienes con un clavo de la tienda...»

¡Cuántos de los mundanos bebiendo los deleites de este siglo, son arrebatadamente castigados con muerte temporal y eterna, al quedar como dormidos en sus vanidades, como también ocurrió a Holofernes, que despertó en embriaguez al cortarle la cabeza aquella heroína Judit de Betulia! «Durmieron su sueño» y ¡para siempre!

Viendo esto no vemos, y oyendo, no oímos..., y se nos pueden aplicar aquellas palabras de los ídolos: *«Tienen ojos y no ven, oídos y no oyen...»*

Vivamos, pues, con más precaución, mirando al más allá, a las cosas eternas que Dios nos promete, si somos fieles a sus mandamientos en esta vida.

37

Dios mandó a Ezequiel que dibujase en un adobe o tablilla de arcilla la ciudad de Jerusalén y sus muros y torres y el cerco de los caldeos. Encima de un poco de barro mandó dibujar las fuerzas, ejércitos y poderes del mundo, y todo lo que a los hombres parece grande, para demostrar que todo esto no es sino un poco de tierra.

Las cosas grandes del mundo están en un pequeño adobe esculpidas. Los adobes son de barro, y con el agua se deshacen, y los edificios hechos de ellos son también de tierra, de algo frágil. Estos edificios hacía el pueblo de Israel en Egipto cuando estaban cautivos por mandato del faraón.

Semejantes obras edifican los que sirven al mundo. hemos de dejar la tierra por el cielo. La tierra no es nuestro domicilio. Estamos de paso. Somos ciudadanos del cielo, como nos dice San Pablo.

38

Entrad por la puerta estrecha...

El camino de la perdición es ancho... El camino que conduce a la vida es estrecho (Mt.7,13-14), y andamos condenados a muerte y no sabemos si mañana ejecutarán la sentencia.

Tenemos que huir de la muerte eterna. En la Escritura se nos habla de infierno eterno, pero hoy muchos se ríen al oír esta palabra, como si no existiera, pero en el Evangelio se nos habla claramente de castigos eternos y de premios eternos después de esta vida: *«E irán (los impíos) al suplicio eterno y los justos a la vida eterna»* (Mt.25,41)... y si queremos huir

del infierno hay que evitar todo pecado grave que conduce a él. (Véase mi libro: *«¿Existe el infierno?»)*.

Muchos no reflexionan, y quieren ser ricos y perderse, antes que pobres y desprendidos y así poder ir al cielo. No quieren dejar de blasfemar, no quieren pagar lo que deben; no quieren renunciar a los deleites torpes, al fausto de vida que llevan y a tantas vanidades...; mas es preciso romper con lo que nos lleva al pecado que puede condenarnos.

39

Recordemos a aquel joven José, hijo de Jacob, a quien debemos imitar en su santa conducta, pues, como leemos en la Sagrada Escritura, prefirió dejar la capa en manos de la mujer que le inducía al pecado, antes que perder a Dios y ser de ella favorecido.

Si estuviera uno preso por graves y atroces delitos y supiese que dentro de una hora lo habían de ahorcar y viendo un agujero en la cárcel por donde podría huir y salvar su vida, si éste no quisiera huir, hallando tan buena ocasión, sólo porque se lo impide la ropa... ¿no sería loco?

Cualquier hombre de juicio, viéndose condenado a muerte, pudiendo escapar de ella pasando por un estrecho agujero, si el salir le im-

pide la ropa, se desnudaría de cuanto tiene, y aunque sea dejando entre las piedras de la pared pedazos de su carne o cuerpo, saldría sin duda para salvarse y vivir.

Cuesta ciertamente ir por el camino estrecho y por la puerta estrecha, pero pensemos que es el camino que conduce a la salvación.

40

Cristo, nuestro modelo, nos dio ejemplo de vida, fue por el camino estrecho, por el camino de la cruz y nos dice que le sigamos por él, y por ese camino fueron los apóstoles, los mártires, las vírgenes y los santos.

Tenemos que ir dejando las vanidades del mundo y pasar, como dice el Padre Estella, por la angostura de las piedras, como hace la culebra, dejando la piel vieja de las malas costumbres, juntamente con las honras y riquezas de este mundo cautivo.

Mañana, aunque no queramos, lo hemos de dejar todo, y tenemos que ir despidiéndonos del mundo, antes que él nos despida...

41

No termina todo con la muerte

Es necesario tener muy presente el pensa-

miento del «más allá». Jesucristo, el Maestro divino, nos habla de otro mundo, que espera a los que parten de esta tierra, mundo que es distinto según los individuos, o sea, según la vida terrenal de cada cual, vg. el destino de Lázaro y el del rico epulón...

Y si a Moisés y a los profetas (hoy podemos decir, si al Papa, a los obispos y sacerdotes, que componen la Iglesia docente, fundada por el mismo Jesucristo) no los escuchan, aun cuando a uno de los muertos resucite, tampoco le darán crédito (Lc.16,31). Meditando la realidad de «otro mundo» comprenderemos mejor el verdadero sentido de la vida.

42

«Millones y millones incontables, de todos los países, pueblos y lenguas pasan en una procesión varias veces milenaria por la faz de la tierra, mirando todos con certeza esperanzada al más allá, dirigiéndose a su encuentro, saludándolo, con la misma convicción en el corazón y el mismo clamor en los labios: «Somos peregrinos y extraños en esta tierra, buscamos una patria mejor, una patria celestial» (Knabenbuer).

Hasta hombres racionalistas piensan en el «más allá». «De ningún modo querría estar privado de la dicha de creer en una vida futu-

ra; me atrevería a decir con Lorenzo de Médicis, que han muerto ya para esta vida los que no esperan ninguna otra» (Goethe).

«Es apodícticamente cierto que nunca habrá hombre que con la menor verosimilitud, y menos aún dogmáticamente, pueda afirmar la no-existencia de Dios y de la vida futura» (Kant).

43

¡Cuántos viven equivocados! *Muchos andan,* dice San Pablo, *de quienes os decía a vosotros, y ahora con lágrimas os lo digo, que son enemigos de la cruz de Cristo, cuyo fin es la perdición; su dios es el vientre, y la confusión será la gloria de los que sólo aprecian las cosas terrenas... Nuestra ciudadanía está en los cielos de donde esperamos un Salvador, al Señor Jesucristo»* (Fil.3,18ss).

Todos vamos peregrinando por esta vida. Algunos corren a cien por hora, reloj en mano, para llegar a tiempo, y poder hacer un pingüe negocio, coger la fortuna por las guedejas, alcanzar más poderío o influencia, cosechar mayores aplausos, batir el record de la popularidad y de la fama. Pero propiamente ¿a dónde vamos? ¿Lo saben los que corren, los que «triunfan» los que «se imponen», los que «mandan», los que se afanan y sudan para ha-

cerse su propio pedestal? El Eeclesiastés (el «Predicador» del A.T) señala con frase lapidaria el punto de destino de todos nosotros: *«El hombre irá a la casa de su eternidad»* (1,1); pero ¿cuál será nuestra eternidad: feliz o desdichada para siempre?

44

«Nuestras vidas son como ríos, que corren al mar de la muerte». Las aguas de los ríos son dulces, pero su fin es entrar en las amargas aguas del mar. Dulce es esta vida a sus amadores, mas será amarga a medida que van llegando a la muerte...

Las vanidades que aman hoy muchos jóvenes, los llevan a la perdición. Comienzan en bien, luego se dan a la droga, a los vicios... y acaban en mal. «La entrada del pecado es alegre y muy triste la salida... Es más grande el tormento que el deleite. Como dice el adagio: «Breve es lo que deleita, y eterno lo que atormenta».

45

Jóvenes, no os cebéis de las vanidades que el falso mundo os da, antes poned vuestros ojos en lo que ha de parar.

Dios dice: *«Convertiré vuestra fiesta en*

llanto, y vuestro gozo en lágrimas» (Amós 8,10), y como leemos en los Proverbios, *«la risa será mezclada con dolor»* (14,13).

Aquella estatua que vio Nabucodonosor tenía la cabeza de oro y los pies de barro (Dn.2,31-34). Este mundo tiene los principios ricos y hermosos, que codician los mundanos. No ven que sus pies, que son sus fines y hermosos, que codician los mundanos. No ven que sus pies, que son sus fines y cosas, son viles y de tierra.

«Piensa en el fin sin fin, y vivirás siempre sin fin. No mires a lo que ahora eres, sino a lo que has de ser. No mires a la hermosura presente, sino a la fealdad en que ha de parar toda esa hermosura. No te ocupes en lo presente, mas contempla lo que ha de suceder. Créeme, que todo tu mal depende en no acordarte del fin del pecado cuando estás en los principios». (P. Estella).

46

Caminamos a la vida eterna

San Isidoro de Sevilla nos dice: «Si buscas vida larga, encamínate hacia aquella por la cual eres cristiano, es decir, la vida eterna».

Jesucristo vino a darnos la vida de la gracia, la vida eterna. Santo Tomás de Aquino

dice: «La gracia es semilla de vida eterna». Mediante la gracia y nuestras buenas obras alcanzaremos la vida eterna, la vida bienaventurada.

«La vida de la gracia, dice también Santo Tomás, no tiene razón de fin, sino de medio. Por eso no se dice que alguien sea elegido para la vida de la gracia, sino en cuanto la vida de la gracia se ordena a la gloria (a la vida eterna)... Todo el que tiene la gracia es digno de vida eterna..., pero algunos caen por el pecado mortal».

Jesucristo nos habla con frecuencia de la vida eterna. Y así nos dice en el Evangelio: *«Quien cree en Mi, tiene vida eterna»* (Jn.6,47) (y creer en Jesús es aceptar su doctrina y sus mandamientos). *«Quien escucha mi palabra* (y la pone en práctica) *tiene la vida eterna»* (Jn.5,24).

«La vida eterna consiste en conocerte a Ti solo Dios verdadero, y a Jesucristo a quien enviaste» (Jn.17,3). *«Jesucristo. Este es el Verdadero Dios y la vida eterna»* (1 Jn.5,20). Donde está Cristo está la vida eterna, el cielo, y por eso San Pablo decía: *«Deseo morir para estar con Cristo»* (Fil.1,23).

Jesucristo es el Dios eterno, la vida por

esencia: *«Yo soy la vida...»*, y de esta vida participamos todos. Busquemos la vida, la verdadera, la que no tiene ocaso. «La vida eterna para ti, dice San Agustín, será el mismo Dios». «El que ve a Dios, participa de su vida, y participar de la vida de Dios es poseer la vida eterna» (S. Ireneo).

Y el mismo San Agustín dice: «¡Oh!, si pudiéramos instigar a los hombres y a nosotros mismos a amar esa vida, que debe durar siempre, tanto como amamos esta vida que pasa».

Del Concilio de Trento son estas palabras: «A los que obran bien hasta la muerte, y esperan en Dios, se les debe proponer la vida eterna, ya como gracia prometida misericordiosamente por Jesucristo a los hijos de Dios, ya como premio con que se han de recompensar fielmente, según la promesa de Dios, los méritos y buenas obras. Esta es, pues, aquella corona de justicia que decía el apóstol les estaba reservada para obtenerla después de su contienda y su carrera, la misma que le había de adjudicar el justo Juez, no sólo a él, sino también a todos los que desean su santo advenimiento» (D.809).

48

«Toda la sagrada Escritura nos exhorta a desprendernos de la tierra y a dirigir nuestras

miradas al cielo en donde se halla la verdadera y suprema felicidad» (S. Agustín). La felicidad del cielo es eterna e indescriptible. La misma Escritura nos dice: *«Los justos irán a la vida eterna»* (Mt.25,46). Los justos vivirán eternamente y su galardón está en el Señor (Sab.5,16). *Tenemos casa eterna en el cielo* (2 Cor.5,1), y es tan grande esta felicidad que *«ni ojo vio, ni oído oyó, ni vino a la mente del hombre lo que Dios tiene preparado para los que le sirven y le aman»* (2 Cor.2,9).

El Papa Juan XXIII dijo: «El cristiano vive en la tierra, pero mira al cielo. Este mundo es sólo preparación, prueba, espera; el paraíso será la alegría y el premio eterno para quien haya sabido mantenerse fiel al Señor aun en medio de las tentaciones e incredulidades del mundo. No olvidemos el cielo, que allá arriba esté fijo nuestro corazón...».

49

La Sagrada Escritura nos dice también que Dios habita para nosotros *«en una luz inaccesible»* (1 Tim.6,16), y que un día le veremos *«cara a cara»* (1 Cor.13,12), y que el cielo será para nosotros vida eterna junto a Dios (Rom.2,7; 6,22: Tit.3,7...).

Sabemos que «si esta casa terrestre en que habitamos viene a destruirse, nos dará Dios en

el cielo otra casa no hecha de mano de hombre (2 Cor.5,1). *«Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo»* (Mt.5,12).

En el cielo veremos a Dios «cara a cara», o sea, directamente «como él es», y se nos mostrará con toda su hermosura y nos llenará con su propia ciencia, cuando descorra ante nuestros ojos atónitos y embelesados el velo que oculta su vida, sus misterios, sus designios, su dicha. Entonces participaremos de la eternidad de Dios.

La felicidad eterna consiste en esta visión de Dios, en la posesión del mismo Dios, el Bien sumo y fuente de todos los bienes con exclusión de toda clase de males.

50

«Las almas de los que después de recibir el santo bautismo no contrajeron ninguna mancha de pecado, y las almas que después de contraer mancha de pecado, peregrinando aun en cuerpo mortal o separadas de éste... se han purgado, son recibidas inmediatamente en el cielo» (Conc. de Lyon II).

«Sabed, hermanos, que la peregrinación de esta carne en este mundo es breve y de poca duración; en cambio, la promesa de Cristo es grande y admirable, lo mismo que el reposo

del reino futuro y de la vida eterna» (Clemente Romano).

«En el cielo han de cesar todas nuestras desdichas y miserias: allí se han de enjugar las lágrimas de este valle de ellas, allí han de tener descanso nuestras fatigas; allí ha de hallar asiento la inquietud de nuestro corazón» (P. Nieremberg).

«En los elegidos ocurre algo admirable; no solamente conocen a los que conocieron en este mundo, sino que saludan como a gente vista y conocida a los justos que nunca habían visto... Porque allí ven todos a Dios con la misma luz, ¿qué pueden desconocer cuando conocen al que todo lo sabe?» (S. Gregorio Magno).

«Creemos en verdad la resurrección de los muertos y esperamos las alegrías del futuro siglo» (Conc. de Toledo XI).

51

Ama y haz lo que quieras

Todas las enseñanzas de la Biblia se reducen en su esencia a amar a Dios y a amar al prójimo por Dios.

San Agustín dice: «Ninguna cosa hay mayor en este mundo que el alma que tiene caridad... *Ama y haz lo que quisieres;* si calla-

res, calla por amor; si perdonares, perdona por amor; y si castigares, castiga por amor, porque lo que por este amor se hace es meritorio delante de Dios».

Cuando uno ama a Dios, no puede menos de obrar conforme a su voluntad, o sea, querer siempre lo que El quiere. Si bien lo observamos, la santidad se reduce a «hacer lo que Dios quiere, y querer lo que El hace».

El verdadero amor a Dios excluye todo pecado.

52

También dice San Agustín: «Todas las virtudes pueden reducirse a la caridad o amor, porque:

– *la fe* no es otra cosa que el amor que cree;
– *la esperanza,* el amor que aguarda;
– *la paciencia,* el amor que sufre,
– *la prudencia,* el amor que reflexiona,
– *la justicia,* el amor que da a cada uno lo que es suyo, y
– *la fortaleza,* el amor generoso y valiente que vence.

Por lo tanto, hermanos, añade el santo, buscad la caridad... porque ella es la que tolera las adversidades, modera las prosperidades, resiste las fuertes pasiones, practica con alegría las buenas obras, es firmísima en la tentación,

amplísima en la hospitalidad, gozosísima entre los verdaderos hermanos, pacientísima entre los falsos...»

53

San Pablo hace este elogio de la caridad: *«La caridad es paciente, es benigna; no es envidiosa, no es jactanciosa, no se hincha; no es descortés, no busca lo suyo, no se irrita, no piensa mal; no se alegra de la injusticia, se complace en la verdad; todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo tolera»* (1 Cor.13). La caridad es la más excelente de las virtudes...

Sin la caridad todas las virtudes desaparecen... «La caridad es la medida de la grandeza y de la perfección, de tal manera que el que tiene mucha es grande, y el que poca es pequeño, y nada el que no tiene ningua» (S. Bernardo).

La caridad, al igual que Jesucristo, pasa por todas partes sembrando el bien, perdonando sin rencor, no conservando el recuerdo del mal recibido. Ella escribe los beneficios en mármol y las injurias en la arena.

54

El auténtico cristianismo es vida de caridad. Caridad es hacer bien a todos. «Haz bien

y no mires a quien». El hacer mal es de corazones ruines, el que hace mal a otros, se lo hace a si mismo y Dios no le bendice. Acostúmbrate a devolver bien por mal, y esfuérzate por hacer bien a todos, y si hallas enemigos en el camino de la vida, véngate de ellos a ejemplo de Jesucristo, con la oración, el perdón y el amor.

Ama al pecador o equivocado, pero no sus pecados y errores. Amas, cuando haces tuyos los problemas de los demás, cuando buscas los intereses del prójimo, cuando consideras a todos los hombres como hermanos tuyos.

Nosotros, por ser criaturas de Dios y depender de El, debemos amarle como El quiere: con todo nuestro corazón, con todas nuestras fuerzas... Amar a Dios es estar dispuesto a hacer siempre su voluntad, o sea, a amarle a El por ser quien es, y al prójimo pòr amor de Dios, en esto está la caridad.

55

¿Qué es la santidad?

En la Sagrada Escritura leemos que Dios *«nos eligió antes de la creación del mundo para que fuésemos santos»* (Ef.1,4) y nos invita a la santidad: «Sed santos, porque Yo soy santo» (Lev.9,2). *«Sed perfectos como vuestro Pa-*

dre celestial es perfecto» (Mt.5,48), y por tanto todos podemos ser santos y debemos serlo en la medida que nos es posible.

Bien podemos decir que la virtud de la caridad y la santidad vienen a ser una misma cosa, porque *«la caridad es el vínculo de la perfección»* (Col.3,14), y como dice Santo Tomás: «La esencia de la caridad cristiana consiste en la caridad, principalmente en el amor a Dios, y de modo secundario en el amor al prójimo». Mas ¿qué es la santidad?

56

La mejor definición que podemos dar de la santidad es ésta: «es conformidad de nuestra voluntad con la voluntad de Dios». Juan Pablo II lo dijo así con estas palabras: «La santidad es la alegría de hacer la voluntad de Dios», y la voluntad de Dios se nos manifiesta a través de sus mandamientos. Y por tanto seremos santos en la medida que hagamos lo que El quiere, y como Jesucristo nos dice: *«Si me amáis, guardad mis mandamientos»*, y sabemos el camino que tenemos que seguir para ser santos.

«Esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación» (1 Tes.4,1). «Los ejemplos de los santos te enseñan lo que has de hacer y lo que debes evitar» (S. Jerónimo). La santidad es vida

de gracia, y progresar en esta vida es progresar en santidad.

57

¿Quieres ser santo? «Dices que quieres ser santo y perfecto. Esto es no decir nada: porque eso lo quiere todo el mundo. Todos quisieran ser buenos si no costara nada. Lo que importa es saber si estas dispuesto a todos los sacrificios y a poner todos los medios para adquirir la perfección y la santidad y practicar todas las virtudes. Sin esto no hay virtud ni santidad posible.

La condición que Dios nos puso para alcanzar los bienes del cielo es la mortificación. Por eso hay tan pocos santos y virtuosos en verdad. hay que convencerse de una vez para siempre que sin mortificación ni vencimiento propio no hay virtud ni perfección posible; todo lo demás es pura ilusión y engaño.

Hasta hoy nadie en el mundo ha descubierto otro camino para ir al cielo que el de la cruz y seguimiento de Cristo. «El reino de los cielos padece violencia, y los violentos, los que se vencen a sí mismos lo arrebatan» (P. Osende O.P.).

58

Procuremos no sustituir las palabras: «mortificación, humildad, obediencia, pobreza, abnegación, sacrificio», por otras modernas que suenan a libertad, liberación, generosidad, abertura, responsabilidad... Que no haya que decir, como en tiempo de San Pablo, que la *«cruz es escándalo para los judíos y locura para los gentiles»...*

La santidad es ante todo un don de Dios, comunicado en el bautismo, por el que quedamos justificados. Por tanto todos somos llamados a la santidad, pero no en virtud de nuestros méritos, sino por designio y gracia de Dios; mas conviene notar que la vida nueva o vida de la gracia, que se recibe a modo de germen en el bautismo, ha de desarrollarse y perfeccionarse en cada uno de los justificados a lo largo de su vida *mediante la gracia de Dios y el esfuerzo personal,* cuyo esfuerzo consiste en seguir a Cristo pobre, humilde y cargado con la cruz, o sea, el cristiano debe conformarse con su imagen (Rom.8,29).

En consecuencia: La santidad no es comodidad o vida de sentidos; santidad, según los Evangelios, es ausencia o limpieza de pecados, vida de gracia, vida interior, unión con Dios, y esto supone vencimiento, sacrificio, cumplimiento de la ley y del propio deber, abnega-

ción, cargar con la cruz y saber sufrir con alegría y amor... La santidad es obra de la gracia y obra nuestra, pues depende de nuestra voluntad, de amar mucho a Dios y al prójimo por Dios...

59

El Conc. Vaticano II nos dice que todos estamos llamados a la santidad ya pertenezcan a la jerarquía, ya a los fieles, porque Cristo es santo.

Los *presbíteros* se pueden santificar en el ejercicio de su triple ministerio...; los *religiosos,* en la práctica de sus votos, viendo la voluntad de Dios a través de sus legítimos superiores..., y los *obreros* en su duro trabajo hecho con espíritu de caridad para ayudar a sus conciudadanos..., y los que viven *en pobreza y dolor,* se santificarán uniendo sus trabajos y dolores a los de Cristo por la salvación del mundo... y después de un poco sufrimiento, El los llamará a su eterna gloria (1 Ped.5,10; LG.41).

La santidad exige fidelidad al cumplimiento del deber. «Haz lo que haces», es decir, esas cosas ordinarias de cada día, hazlas de un *modo extraordinario,* o sea, con fervor, con diligencia y fidelidad y no con negligencia, dejadez o tibieza... Hay que aprovechar el tiempo desde joven. ¡Se vive una sola vez!, y como de-

cía San Juan Bermans: «Si no me hago santo de joven, jamás llegaré a serlo».

60

Jesucristo, nuestro modelo de santidad

Muchos dicen: ¿cómo podremos ser santos? ¿qué modelo tenemos que imitar? A estas preguntas tenemos que responder diciendo: Nuestro modelo perfecto, el ideal más sublime, no es otro que Jesucristo, que siendo Dios apareció como hombre para darnos ejemplo de vida.

Si preguntamos, ¿por qué muchos santos y santas que conocemos y cuyas vidas figuran en los Santorales o en el Martirologio cristiano, aparecen tan humildes, tan amables, tan puros, tan caritativos, tan desinteresados...?, tenemos que responder, porque copiaron a Jesucristo, porque se esforzaron en asemejarse a El..., y por eso San Pablo nos dice: *«Revestíos de Nuestro Señor Jesucristo»* (Rom.13,14). Pero en realidad, ¿conocemos bien a Jesucristo? Veamos algunos de los rasgos principales de su vida.

61

De todas las vidas la más importante es la de Nuestro Señor Jesucristo. El es la figura

central de la Biblia, porque en El convergen todas las profecías y El es también el centro de la historia de la humanidad.

El Antiguo Testamento fue escrito antes de Jesucristo, y el Nuevo a partir de El, y como nosotros pertenecemos a la era cristiana, tomamos al mismo Jesucristo como punto de partida, y así cuando ponemos la fecha a la carta más sencilla, recordamos implícitamente la venida de Jesucristo, y así al poner en ella: ...año 1991, indicamos (ateniéndonos al cómputo vulgar) que hace 1991 años que Jesucristo vino a la tierra.

La vida de Jesucristo es la que tiene para nosotros más interés personal, pues nadie en este mundo ha vivido y muerto por nosotros más que El, y sólo El *nos rescató no con plata y oro corruptibles, sino con su preciosísima sangre* (1 Ped.1,18-19).

62

Un día los apóstoles (los que Jesús había elegido para con ellos fundar su Iglesia), tuvieron miedo de hundirse en el mar ante una gran tempestad que se levantó, y cuando las olas se echaban sobre la barca, acudieron a El para decirle: *«Sálvanos que perecemos»*, y El al momento mandó al viento y dijo al mar: *Calla,*

enmudece, y se aquietó el viento y hubo una gran bonanza.

Los apóstoles admirados, se decían: *«¿Quién es éste que hasta el viento y el mar le obedecen?»* (Mc.4,35-41). Nosotros también tenemos que preguntarnos: ¿Quién es Jesús de Nazaret para qué creamos en El? ¿Cuál es su doctrina?... En el Evangelio hallamos la respuesta exacta a estas preguntas.

Jesús de Nazaret (llamado también Jesucristo, el Mesías, el Cristo) es una *persona histórica,* que nació en Belén de Judá, y vivió en tiempo del rey Herodes, siendo gobernador romano Poncio Pilato... (Mt.2,1; Jn.19,1).

63

Jesucristo es el Mesías. El mismo nos lo dijo. Veamos unos testimonios:

1) La mujer samaritana le dijo: *«Yo sé que el Mesías, el que se llama Cristo, está para venir, y que cuando venga nos hará saber todas las cosas. Jesús le dijo: Soy Yo, el que contigo habla»* (Jn.4,25-26).

2) Caifás, el pontífice le dijo a Jesús: *«Te conjuro por Dios vivo, que me digas si tu eres el Mesías, el Hijo de Dios. Jesús le contestó: Tu lo has dicho* (Mt.26,63-64).

3) El ángel dijo a los pastores: *«No temáis, os traigo una buena nueva, una gran alegría,*

que es para todo el pueblo, pues os ha nacido hoy un Salvador, que es el Mesías, Señor, en la ciudad de David» (Lc.2,10-11).

Cristo es el Mesías, porque en El se cumplen las profecías del Antiguo Testamento. Los profetas lo anunciaron siglos antes y de El escribieron los rasgos principales de su vida... El es el Salvador del mundo.

64

Jesucristo es Dios. Esto es lo principal que debemos saber de El. Jesucristo es Dios y hombre. Es Dios desde la eternidad y se hizo hombre en el tiempo, pues quiso venir a la tierra haciéndose hombre por medio de la Virgen María, y así aparecer como hombre en medio de los hombres, y como hombre pudo sufrir y redimirnos.

Jesucristo demostró que era Dios con sus palabras y con sus obras o milagros. El *«pasó por la tierra haciendo bien a todos»*, dando vista a los ciegos, habla a los mudos, resucitando muertos y curando toda clase de enfermedades, y el mayor milagro fue resucitar a sí mismo a los tres días de haber sido crucificado y muerto... A los muchos milagros que hizo, y pueden verse en los Evangelios, tenemos que añadir sus innumerables profecías... y como nadie co-

noce el porvenir, sino Dios, por eso tenemos que decir que El es Dios.

65

Jesucristo es nuestro modelo, el más ejemplar. ¡Qué admirable aparece su santidad en el Evangelio! En este sagrado libro, que debiéramos leer asiduamente, porque en él se encierra su vida, su doctrina y sus milagros, no se ve que El cometiera el menor pecado, ni hubiese derramado lágrimas de arrepentimiento...antes al contrario, sólo El pudo decir que era santo al pronunciar estas palabras ante sus enemigos: *«¿Quién de vosotros me argüirá de pecado?»* (Jn.8,46)... y sólo El pudo decir a todos: *«Convertíos, haced penitencia... Sed santos, como Yo soy santo...»*. *«Yo soy el camino, la verdad y la vida»* (Jn.14,6). *«Yo soy la luz del mundo, el que me sigue no anda en tinieblas»* (Jn.9,12).

Jesucristo fue bueno con todos, fue amable con los niños, con los jóvenes, con los pecadores...

66

Todos desde jóvenes debemos forjarnos un ideal, que sea más superior que el dinero y más elevado que los placeres, que no sea un

modelo terreno... Este no puede ser otro que Jesucristo. Estudiémosle en el Evangelio. El es el hombre perfecto, el ideal de todos...

Jesucristo también es el amigo de todos los hombres... Nadie ha amado al prójimo como El, y nadie ha sabido dar la vida por los demás como El... El nos invita a seguirle e imitarle por el camino de la abnegación, del sacrificio, del desprendimiento... Su doctrina se encierra en las «Bienaventuranzas»: *«Bienaventurados los pobres, los que sufren los limpios de corazón...»*.

Por El hemos de ser más buenos, más puros, y por El hemos de saber romper las malas compañías y amistades que tienden a separarnos de El... y por El hemos de ser misioneros y apóstoles del bien.

67

La lectura de la Biblia

El Concilio del Vaticano II exhorta a todos a leer con frecuencia las divinas Escrituras (DV.25), porque su lectura nutre y alimenta la fe de todos los cristianos y a su vez alimenta la esperanza, la caridad, la humildad, la pureza, la mortificación, el celo..., y además es muy provechosa para recoger el ánimo derramado por las cosas del mundo.

La lectura y el estudio de la Biblia nos es de suma importancia y necesidad a todos, por ser la «palabra de Dios», la que nos eleva y enseña a todos el camino de la felicidad.

68

La lectura de la Biblia nos conduce a la reforma de las costumbres, porque sus enseñanzas tienden a desarraigar y destruir todos los vicios. Quien la lea, reconocerá que ella clama contra la blasfemia, el robo, la impureza, la mentira y toda clase de pecados, es decir, en la Biblia como en un espejo se ve la cara de nuestra alma, donde veamos si está fea o hermosa y cuál es le progreso que vamos haciendo en la virtud.

«Todas las cosas que están escritas en la Biblia, para nuestra enseñanza han sido escritas» (Rom.15,4). *«Toda la Escritura es inspirada por Dios, y es útil para enseñar, para argüir, para reprender y para instruir en la justicia; para que el hombre de Dios sea perfecto y bien preparado para toda obra buena»* (2 Tim.3,16-17).

Los libros santos nos enseñan lo que hemos de hacer para nuestra salvación en esta peregrinación, y las cosas de que debemos huir. *Bienaventurado el varón que de día y de noche medita en la ley de Dios* (Sal.1).

Si queremos conocer bien quién es Jesucristo, debemos leer con frecuencia la Biblia, porque ella trata de Jesucristo, y El nos lo dice: *«Investigad las Escrituras... pues ellas dan testimonio de Mi»* (Jn.5,39). *«Conviene que se cumpla cuanto está escrito de Mi en la Ley de Moisés, en los profetas y en los salmos»* (lc.24,44). El mismo Jesucristo le da a la Biblia una autoridad divina, absoluta e infalible, al decir: *«La Escritura no puede fallar»* (Jn.10,35).

Dios nos habla, y debemos escucharle. Dios nos habla. Este es un hecho histórico de gran transcendencia, y de hecho nos habla por la Biblia, que contiene y es la «palabra de Dios escrita».

«Muchas veces y de muchas maneras Dios nos habló antiguamente por medio de los profetas, y últimamente en estos días, nos ha hablado por medio de Jesucristo, su Hijo» (Heb.1,1-2). Las palabras que Dios nos ha dicho por medio de los profetas las tenemos en el Antiguo Testamento, y las dichas por Jesucristo las tenemos en el Nuevo Testamento, especialmente en los Evangelios.

70

He aquí algunos testimonios de los Santos Padres de la Iglesia:

«Cuando oras, tu hablas con Dios; pero cuando lees la Escritura, oyes a Dios que está hablando contigo» (S. Ambrosio, San Agustín y el Conc. Vat.II).

«Leed con frecuencia las Escrituras; aun más no dejéis nunca de la mano su lectura... La vida de los Santos es la mejor interpretación de las Escrituras... Amad la ciencia de la Escritura y no amaréis los vicios de la carne» (San Jerónimo).

«Toda la Biblia nos exhorta a desprendernos de la tierra y a dirigir nuestras miradas al cielo, donde se halla la verdadera y suprema felicidad... Las Escrituras nos enseñan a vivir bien» (San Agustín).

«La Biblia es una carta de Dios Omnipotente a su criatura» (S. Greg. Magno).

71

«Los autores de los libros sagrados escribieron lo que Dios les inspiraba, y ellos no pusieron sino la manera de escribir», esto es, el estilo o forma de expresar los pensamientos (San Justino).

«La Escritura, por ser palabra de Dios,

debe ser el alma de la teología» (DV.24). Cuando uno fuere más continuo en la lección de las santas Escrituras, tanto recibirá mayor entendimiento y dulzura en su lección... Bienaventurado el que no busca sus recreaciones en los hombres, sino en las lecciones sagradas y libros devotos y espirituales, para vivir bien y amar las cosas celestiales, como lo hicieron los santos, despreciando estas cosas visibles. Bienaventurado, dice Kempis, el que todas sus palabras y obras endereza a las alabanzas de Dios...

«Tu huye del veneno de los libros profanos del mundo, como de manifiesta pestilencia, y ama la lección de los libros santos y devotos, porque con la buena y saludable doctrina sea tu espíritu recreado, y sepas lo que debes hacer para alcanzar la vida eterna» (p. Estella).